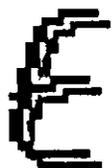

El desarrollo de nuestra conciencia de nacionalidad

Pablo Antonio Cuadra*



EL DESARROLLO DE LA conciencia de nacionalidad en el nicaragüense presenta un cuadro singular en la historia de América.

En el primer capítulo de nuestra historia mestiza, cuando chocaron y luego se fusionaron las razas y culturas que formaron primero la provincia y luego la nación nicaragüense, ninguna de las dos porciones -ni los indios ni los españoles- conocían el concepto actual de nacionalidad. Para los dominadores hispanos nicaragüenses el sentimiento del "nos" -que es la esencia de la nacionalidad- se sumergía y diluía en una vivencia de colectividad tan ancha como el mar: el Imperio, el Reino, o la Cristiandad española. (Todavía nuestro pueblo dice: "un cristiano" al referirse a un nicaragüense o a uno que habla español). Se sentían parte de un todo; provincias o reinos de

* Poeta, narrador y ensayista nicaragüense, es la más prestigiosa figura intelectual de su país. Director del censurado diario *La Prensa* y Presidente de la Academia Nicaragüense de la Lengua. Su obra, traducida a varios idiomas, ha obtenido, entre otras distinciones, el premio nacional de poesía de su país, por el poemario *El Jaguar y la luna*, y el premio Rubén Darío, otorgado en España al mejor libro de poesía publicado, por su obra antológica *Poesía*. Sus títulos más recientes son: *Cantos de Cifar*, *Siete árboles contra el atardecer* (poemas). El texto aquí reproducido es un capítulo inédito de la última edición de su obra *El Nicaragüense*, que será publicada en breve por Libro Libre.

30-Pensamiento Centroamericano

una inmensa unidad monárquica. En cuanto a los dominados, algunos, quizás muchos (en este punto los historiadores entran en polémica) hicieron suya esta vivencia de la colectividad unida en la cúspide por un rey. Los demás (indios o mestizos) ya sea por inercia o ya por rebeldía o inconformidad, persistieron en el horizonte tribal, horizonte que no era -ni por concepto, ni por territorio- Nicaragua sino su propia regionalidad: Chorotega, Subtiava, Matagalpa o Nahua... Su sentimiento o su conciencia de nacionalidad estaba encogido, reducido a la tribu. Y esas fueron las dos primeras fronteras o contornos contradictorios de nuestra inicial nacionalidad: o la ancha de un Imperio, o la estrecha y primitiva de una tribu.

Poco a poco surgió y se impuso un límite nuevo al sentimiento político del "nos": el sentimiento, de creciente contenido independentista, de "lo americano". Es una lenta proclamación de: "Somos otra cosa". Ya a finales del siglo XVII y más aún en el XVIII predominaba entre criollos y mestizos esa conciencia de *americanidad*; que quería marcar una distinción frente a los "gachupines" o "chapelones" - nombres peyorativos que aplicaban a los peninsulares, sobre todo a los que venían a América con autoridad o como burócratas. La Independencia, por eso, no tuvo rasgos nacionalistas sino americanos. Bolívar o San Martín o Sucre libertaron un *continente* en cuya unidad apenas apuntaban, pálidas e imprecisas, las

nacionalidades. Nosotros nos independizamos como "centroamericanos" y por poco ampliamos la comunidad nacional uniéndonos al imperio mexicano de Iturbide. Eramos provincias que -por influencia de la formación histórica anterior- queríamos sumarnos a una unidad superior aunque independiente de España: los vínculos de lo que llamamos Mesoamérica eran todavía muy fuertes. Pero ni México ni Centroamérica supieron activarlos. No tuvieron una política a la altura de las circunstancias y nuestra Independencia se hizo limitándose al Istmo y formando la Federación de Centro América que marcó el ámbito de nuestra nacionalidad independiente. Al estudiar nuestros conflictos territoriales muchos aplican al pasado el concepto actual de nacionalidad, pero entonces era más fácil cambiar de país que de partido. Un costarricense, Liendo y Goicoechea, fue en Guatemala el personaje principal de su siglo y sus discípulos fueron los próceres de la Independencia. Así también, un nicaragüense -el bachiller Rafael Francisco Osejo- fue el forjador de las principales características de la nacionalidad costarricense. No nos extraña, por tanto, que con esas vivencias de la nacionalidad, los nicaragüenses de Liberia y Nicoya, al sufrir Nicaragua recién independizada una guerra tras otra, prefieran para su tranquilidad entenderse con el gobierno de Costa Rica, más estable y pacífico.

Sin embargo, ya en la Federación Centroamericana y más todavía al disolverse, el desarrollo de la conciencia de nacionalidad no fue igual en cada país. En Nicaragua se da un fenómeno que va a resultar un grave obstáculo para el cultivo político del sentimiento del "nos", y es la bicefalía, es decir, la existencia y lucha por el poder de dos ciudades capitales.

Es la capital de un país el principal centro unificador de la nacionalidad. En Nicaragua no teníamos una urbe-cabeza indiscutida, sino dos en constante antagonismo y guerras. Y esta bicefalía era tanto más desgarradora del sentimiento del "nos" nicaragüense, cuanto estaba montada sobre profundas raíces indígenas: la lucha secular de dos bandos de nuestra cultura más antigua, la Chorotega. Esa antiquísima guerra civil entre Dirianes y Nagrañanos encontró forma de brotar otra vez en los antagonismos de Granada y León,

capitales de Legitimistas y Demócratas, y más tarde de Conservadores y Liberales. De este modo el nicaragüense se formó (o mejor dicho, se deformó), en su conciencia de nacionalidad, sintiéndose granadino o leonés, oriental u occidental pero no nicaragüense.

Al estudiar nuestros conflictos territoriales muchos aplican al pasado el concepto actual de nacionalidad, pero entonces era más fácil cambiar de país que de partido. Un costarricense, Liendo y Goicoechea, fue en Guatemala el personaje principal de su siglo y sus discípulos fueron los próceres de la Independencia. Así también, un nicaragüense -el bachiller Rafael Francisco Osejo- fue el forjador de las principales características de la nacionalidad costarricense.

Fue la Guerra Nacional contra el invasor filibustero la que produjo la primera vivencia colectiva profunda del "nos" nacional. Para ser más exactos debemos prologar esta vivencia con la experiencia que nuestro pueblo vivió durante el Tránsito, es decir, durante el período del siglo XIX en que Nicaragua, por su Gran Lago, por su río Desaguadero y por el estrecho istmo entre el Mar Pacífico y el Lago, se convirtió en una especie de pre-Canal para los emigrantes y viajeros, sobre todo de Estados Unidos, que viajaban de una costa a otra de América a través de nuestro país. Esa afluencia de extranjeros, sobre todo del Norte, ya había creado en nuestro pueblo un malestar, por no decir un odio que se concretó "contra el yanqui" (parecido al que despertó en Cuba el turismo anterior a Fidel Castro) porque coincidió con el Tránsito una infección ideológica racista - profundamente prejuiciada contra el mestizo- que penetró mucho entre anglo-sajones y franceses, basada en teorías seudo-científicas que sólo sirvieron para crear una arrogancia ridícula en

Pensamiento Centroamericano-31

muchos elementos de la raza blanca. Estas ideas, traducidas en actos de desprecio o de humillación para el pueblo nicaragüense, produjeron una reacción equitativa que ya encontró Walker cuando quiso apoderarse de Nicaragua y que alimentó el coraje popular en su lucha de liberación.

Fue por tanto la invasión filibustera de William Walker, fue el dominio extranjero y sobre todo el decreto de esclavitud lo que hizo brotar con fuego el sentimiento del "nos" nicaragüense. El 12 de septiembre de 1856 se unieron las dos regiones, los dos partidos, las dos cabezas. Sin embargo, estábamos frente al enemigo y todavía afloraba, como un brote del subconsciente colectivo, la bicefalía. Estábamos peleando, todos unidos, hombro con hombro y todavía nuestros ¡Vivas! eran localistas. Son raras las proclamas o los documentos que se dirijan a los nicaragüenses. El famoso himno de Juan Iribarren, no grita "¡nicaragüenses!" sino

"Al arma, granadinos,
intrépidos pelead
por vuestra cara patria,
por vuestra libertad..."

Para mayor ironía es Walker el que insiste en usar el nombre que nos unifica como nación: Su periódico oficial se llama "El Nicaragüense". Es el invasor, el usurpador el que nos descubre nuestra totalidad porque lo que pretende arrebatar es precisamente ese todo nacional.

Terminada la Guerra Nacional la siembra de fraternidad y de unidad nacionalistas produce una primera cosecha patriótica de convivencia. La más liberal de las constituciones y la que más tiempo estuvo vigente es la que se produjo en 1858, en ese período que ha venido llamándose de "Los Treinta Años".

Merece que hagamos un paréntesis sobre este período.

Al contrario de lo que acaeció en otros países de Hispanoamérica -que necesitaron para liberarse de "Reformadores" brutales y tiránicos (de "hombres-fuertes" que se convirtieron en monstruos, en "Patriarcas" dueños de vidas y muertes, en "Benefactores" de patrias agachadas), la reforma liberadora en Nicaragua fue un proceso oligárquico, de original desarrollo, que sembró el espíritu republicano y que lastimosamente no lo dejamos pasar el puente de la oligarquía hacia la plena democracia. El nuevo gobernante y dictador, Zelaya, quiso continuar, aceleradamente,

dictatorialmente, el proceso de ese período pero cayó en el molde típico hispanoamericano que tan vívidamente nos recrea Alejo Carpentier en *El Recurso del Método*. Los 30 Años fueron la poco común combinación de una praxis conservadora y de una ideología liberal y progresista.

Sin embargo, en esos mismos "Treinta Años", el sentimiento tribal de los partidos y localismos sólo está adormecido bajo una capa delgada de legalidad republicana. Nicaragua se medicinaba y se civilizaba recurriendo a la ficción jurídica. El culto a la ley iba adquiriendo espesor. Pero la sola elección de un presidente leonés despertó las suspicacias granadinas y volvió a saltar la chispa de los localismos encendiéndose una guerra civil que llevó al poder, como sucede siempre con las guerras, a un nuevo dictador: el General José Santos Zelaya.

El pueblo es muy realista en sus expresiones y fácilmente revela en ellas su subconsciente colectivo. Cuando se logró el primer gobierno nacional -que hizo posible la liberación nicaragüense- le llamó "gobierno chachagua" (gobierno doble o gemelo). El *dos* de nuestra dualidad histórica nos andaba por dentro, no se había hecho *uno* y proseguía montando los dos viejos localismos sobre las paralelas de los dos partidos, el Conservador y el Liberal. Partidos que

Es la capital de un país el principal centro unificador de la nacionalidad. En Nicaragua no teníamos una urbe-cabeza indiscutida, sino dos en constante antagonismo y guerras. Y esta bicefalía era tanto más desgarradora del sentimiento del "nos" nicaragüense, cuanto estaba montada sobre profundas raíces indígenas.

solamente para muy pequeñas minorías tenían o tienen una significación ideológica, o son instrumentos de una opinión o de un ideario, en Nicaragua la inmensa mayoría *nace* conservadora o *nace* liberal. El sentimiento del *nos* popular está más cerca del clan (e incluso de la nacionalidad parcializada) que del concepto democrático del *partido*. Con esta mentalidad, encendida por una guerra civil, volvió el Partido Conservador al poder, al derrotar a Zelaya bajo el comando del General Emiliano Chamorro (1909). Con esta mentalidad volvió, tras otra guerra civil, el Partido Liberal al poder bajo el comando del General Moncada (1929). En Nicaragua los Generales son los buitres que se reúnen cada vez que el sentimiento patrio muere.

Las guerras civiles, como ha sucedido siempre, inevitablemente, en nuestra historia, trajeron la intervención extranjera y en la segunda de estas intervenciones (1927) brotó como reacción de un campesino una visión digna, limpia, ancha y fraternal de la nacionalidad. Es una semilla - una bandera que no entendieron entonces los partidos en lucha ni la entienden hoy los que la manipulan y aprovechan en beneficio de otro partidismo- un germen nuevo, brotado de la tierra y de la cultura nicaragüenses. Sandino no sólo es el campesino, el hombre de la tierra, sino que su gesta es la puesta en acción de la "Oda a Roosevelt" de Rubén Darío. (Y el nacimiento de esta semilla es tan nuevo que el mismo Sandino, con frecuencia, tiñe su tosco pensamiento, no por eso menos noble, de prejuicios partidarios, porque él, hasta que rompió con Moncada, fue un liberal, un soldado de la tribu liberal).

La semilla germinó, con diversos resultados, en la juventud que vio caer a Sandino vilmente asesinado. El dictador Somoza -su asesino- había petrificado aún más el concepto de partido convirtiendo el ejército nacional, en partido armado bajo el nombre de Guardia *Nacional*. Ese ejército era una muralla divisoria -una muralla China- en el sentimiento del "nos" nicaragüense. Una nueva guerra civil se impuso contra ese ejército y contra las formas de opresión y explotación que sostenía. La revolución pareció engendrar -¡al fin!- una conciencia plena de la nacionalidad, iluminada por la gesta de Sandino. Sin embargo, antes del primer



"Tres figuras" 1986. Tinta sobre papel. 50x50 cm

aniversario del triunfo de la Revolución, otra vez el partido (la parte) suplantaba al todo (a la nación) y volvía a identificarse Partido y Patria y otra vez el Ejército se convertía en partido armado. Parecía y parece una herencia maldita que aún las más favorables y hermosas coyunturas -por una u otra influencia ideológica- impide al nicaragüense superar el estrecho horizonte del clan, la tribu o el bando. Además, y por desgracia, esa mutilación política del sentimiento del "nos" produce, de inmediato, un mal funcionamiento de la democracia y una opresión o represión contra el disidente o el opositor que no tarda en convertirse en guerra civil. Es el dramático circuito que se repite una y otra vez en el acontecer político nicaragüense.¹

Pero, hagamos un alto. Hasta aquí mi enfoque sobre la evolución de la conciencia de nacionalidad ha sido únicamente político. Nuestra liberatura no sigue el mismo proceso. Al contrario. Hay un contraste -desde el surgimiento de Rubén Darío hasta hoy- entre la poderosa expresión de nicaraguanidad que ha sido nuestra literatura y la pobreza y primitivismo de nuestra política.

Los nicaragüenses hemos creado una tradición literaria que expresa y afirma nuestra

1. La conciencia de nacionalidad puede mostrarse agresiva, cerrada, y chauvinista con el extranjero -expresar hasta la idolización el culto a valores y símbolos nacionales aparentando una gran sensibilidad por las virtualidades de la Nación- pero mantener siempre frente a los hermanos de la misma Patria disidentes en partido o ideología, una actitud fundamentalmente anti-nacionalista, excluyente, rabiosa y con frecuencia genocida.

nacionalidad, pero esa tradición no ha logrado todavía arrastrar o borrar los viejos diques, los viejos obstáculos del cauce político. Esto hace que la nacionalidad tenga en Nicaragua una aura poética (y que el pueblo privilegie a sus poetas porque oye en los poetas la voz del "nos"). Por la misma razón la literatura es también uno de los factores principales en la toma de conciencia de la nacionalidad, pero, entiéndase bien, no porque se haya desarrollado al servicio del nacionalismo, sino como consecuencia de su proceso creador que, al buscar y afirmar su propia originalidad artística, descubrió y expresó los rasgos y raíces de la identidad comunal del nicaragüense y creó e hizo visible la realidad poética de su naturaleza, de su tierra, de su historia y de todo lo que nos identifica.

Como dije anteriormente, fue Rubén Darío el primero que produjo un hecho y una obra positivas por encima de la división bicéfala y con sentido nacionalizador (no chauvinista sino universalizador de la provinciano). Fue el primero que le dio voz y canto -de resonancia mundial- a la procesión que nos andaba dentro. El primero que nos señaló líricamente las fuerzas hostiles, de dentro y de fuera, las fuerzas enemigas de nuestra nacionalidad. El primero que puso una gota de orgullo en el sentimiento de ser mestizo y de ser nicaragüense. Su obra y su genio -que trasladó y ocupó el trono de la poesía en lengua española a América- alimentó nuestra fe y confianza en nosotros mismos, en ese "nosotros" escindido, disminuido, invadido, humillado...

Rubén fue el primero. Pero no se debe creer que surgió sin antecedentes, por generación espontánea, como escribí yo en mis primeros

estudios darianos cuando desconocía el desarrollo cultural del periodo que corresponde a Los Treinta Años y que produjo en buena parte de América lo que se llamó "Periodo de Reorganización". En Nicaragua, en 1874 comienza un rosario de hechos culturales, educacionales, fundación de Ateneos y tertulias, traducciones de grandes escritores extranjeros, fundación de periódicos, fundación de la Biblioteca Nacional, inclinación por la investigación histórica y por los estudios lingüísticos, etc. que culminan con la aparición de Darío y que hacen posible su preparación inicial extraordinaria.

Darío funda una tradición; le da impulso y movimiento. Una década después de su muerte germina el Movimiento de Vanguardia que continúa y desarrolla los presupuestos darianos. Como dice el venezolano Guillermo Yepes Boscán: "El Movimiento de Vanguardia introdujo un nuevo modo y con ello una nueva sensibilidad, de percibir la realidad y el paisaje de la propia tierra. El Movimiento de Vanguardia se propuso la búsqueda y la expresión de la propia identidad nicaragüense. En esa empresa recobró y afirmó los valores nacionales -rescatándolos del colonialismo mental- y fundó la literatura nacional como reacción cultural (nutrida en Darío y fortalecida en Sandino) contra la intervención extranjera".

En resumen: de Darío al Movimiento de Vanguardia y a las siguientes generaciones, la literatura repone el vacío político y da expresión literaria -voz y canto- al sentimiento del "nos" nicaragüense. Posiblemente sea la cultura la que venza a las ideologías y sea el arte el que rescate de las garras del Poder partidario el verdadero sentido de la nacionalidad.

